

La política exterior del gobierno de Piñera: el discurso y las primeras decisiones

Boris Yopo Herrera



Introducción

En este documento se busca hacer una evaluación todavía muy preliminar, de las primeras directrices y orientaciones que marcan la política exterior del nuevo gobierno encabezado por Sebastián Piñera, al cabo de dos meses de asumidas las nuevas autoridades. Por cierto, se trata de un período aún muy breve para evaluar las tendencias que marcarán el comportamiento internacional del nuevo gobierno. Sin embargo, ciertas decisiones adoptadas en estas semanas permiten inferir aspectos de la visión que subyace en las nuevas autoridades, algunos cursos de acción que se han priorizado, y también las dificultades que comienza a encontrar el nuevo gobierno en su proceso de instalación e implementación de las políticas que busca poner en práctica.

La visión internacional del Presidente

En un país con un presidencialismo extremo y donde por mandato constitucional el Presidente de la República es el “conductor” de la política exterior, importa conocer cuál es la mirada de mundo que tiene la máxima autoridad, más aún considerando el involucramiento directo que ha caracterizado estas primeras semanas en las principales decisiones que afectan al país, incluyendo a las relaciones internacionales.

En este sentido, más útil que el programa internacional del nuevo gobierno, cuyas referencias son muy genéricas y por tanto su utilidad para entender las políticas sobre la materia es muy relativa (como sucedió también con los respectivos programas de los gobiernos de la Concertación), conocer de primera mano las reflexiones del nuevo Presidente puede ser un mejor indicador de lo que se pretende hacer, y las limitaciones que se encontrarán en un mundo que siempre es más complejo que los análisis abstractos que se efectúan antes de ejercer una responsabilidad ejecutiva.

El principal discurso en materias de política exterior del actual mandatario, fue el que pronunció en el Consejo Chileno de Relaciones Internacionales el pasado 27 de octubre del 2009, ocasión donde se exhibió en los aspectos que le interesaban enfatizar. Lo primero que llama la atención, es que su exposición no comienza con una reflexión sobre el mundo que Chile enfrentará en los próximos diez o quince años,

los desafíos y oportunidades que ello implica y cuál será el nuevo “perfil” en nuestro posicionamiento internacional, dimensiones todas que se espera estén presente en una presentación de este tipo, y que por lo demás tampoco aparecen en su programa. En lugar de ello, el entonces candidato decidió abordar directamente a los temas duros y contingentes de la política exterior.

Comienza haciendo una mención a los logros de los gobiernos de la Concertación en esta materia, algo que no se podía ignorar, considerando la alta aprobación de la ciudadanía a la gestión internacional de los gobiernos concertacionistas. Y agrega que la tarea ahora será “profundizar la inserción internacional” ya alcanzada por nuestro país, aunque evitando los “errores” cometidos. Entre éstos, menciona que en ocasiones se ejerció una política más “partidista o ideológica” que de Estado; se refiere a las “descoordinaciones”

en el aparato público en materias de política exterior (aludiendo a las declaraciones del entonces ministro Vidal incursionando en ámbitos que competían a la Cancillería), señalando también a los riesgos de que la política exterior sea manejada en los “segundos pisos” y no por el organismo competente en la materia, la Cancillería.

Junto con las clásicas referencias al respeto irrestricto a los tratados y al derecho internacional, a la necesidad de modernizar el Ministerio de Relaciones Exteriores, y al desarrollo de una política activa de promoción de las pequeñas y

medianas empresas en el comercio internacional, el gran énfasis del discurso estuvo centrado en la prioridad que tendrán las relaciones con los países vecinos y con América Latina, particularmente con Brasil. En este sentido, sus expresiones fueron diferentes al discurso que la derecha tenía hace algunos años, graficado en un destacado artículo del entonces columnista Joaquín Lavín en el diario El Mercurio, titulado “Adiós América Latina”.

¿Qué suscitó este cambio? Probablemente la percepción de que la proyección global de Chile estaba inevitablemente condicionada por las dinámicas geopolíticas y sociales de los países vecinos, las reformas económicas de apertura comercial en algunos de éstos y, por cierto, las exportaciones y crecientes inversiones chilenas en varios de ellos. El discurso entonces, de la

El principal discurso en materia de política exterior del actual mandatario, fue el que pronunció en el Consejo Chileno de Relaciones Internacionales el pasado 27 de octubre del 2009, ocasión donde se exhibió en los aspectos que le interesaban enfatizar.

“buena casa en un mal barrio” no era sostenible en estas circunstancias, y afectaba además los intereses directos de grupos empresariales interesados en incursionar en el vecindario.

Lo anterior, sumado a las difíciles relaciones históricas con Bolivia y Perú, a un continente que ha girado hacia la izquierda en años recientes, configuraban un posible escenario de “aislamiento regional” era necesario evitar. Así, la prioridad regional dentro de la política exterior pasó a ser también parte del discurso de la derecha chilena, lo que queda reafirmado en el fuerte énfasis que el entonces candidato puso en esta materia. Ahora, los contenidos que tendrá esta política, es algo que está por verse.

Por ejemplo, la idea (latente en algunos sectores de la derecha), de reforzar el llamado “arco del pacífico”, constituido mayoritariamente por gobiernos de corte conservador, podría ser problemática si se le ve como un nuevo “eje” para contrarrestar al ALBA en la región, y reeditaría una suerte de nueva “guerra fría” que, además, rompería con el tradicional rol asumido por Chile, en tanto puente y facilitador del diálogo entre actores regionales con proyectos políticos antagónicos. Afortunadamente, esta mirada parece estar diluyéndose, y no está presente en el citado discurso ni se ha manifestado en las primeras semanas de gestión gubernamental. De modo que parece imponerse un enfoque más pragmático y coherente con las prioridades más inmediatas y urgentes en el vecindario cercano, algo que ya queda claro en la presentación que realizó el entonces candidato Piñera.

En relación con Argentina, destacó por ejemplo el alto nivel de integración alcanzado, la necesidad de maximizar el uso de los acuerdos ya firmados, y también de mejorar los mecanismos de solución de controversias, “debilidad que ha afectado los intereses de Chile, como en el caso del convenio gasífero”, mal negociado y mal manejado según expresiones del entonces candidato. También reafirmó la intención de proyectar el trabajo conjunto de ambos países en diversos temas de la agenda internacional.

En cuanto a Perú, habló de las “dos agendas” existentes (la del pasado y futuro) señalando que había que impedir que la primera fuera un obstáculo para el desarrollo de la segunda, volviendo así a la idea de “encapsular” la controversia radicada en La Haya, para impedir que afecte al conjunto de las relaciones bilaterales. Respecto a

Bolivia, advirtió sobre los riesgos de generar falsas expectativas en relación al tema marítimo (hay dos versiones sobre lo que implica el punto 6 en la agenda de los 13 puntos, que tarde o temprano van a colisionar, remarcó) y también en lo que se refiere a las asimetrías económicas entre ambos países, lo que puede ser una oportunidad, pero también una amenaza. En definitiva, adelantó que cabe esperar una “agenda difícil con ambos países en los próximos años”, sugiriendo que persiste el riesgo de aislamiento para nuestro país, en caso de surgir nuevas controversias.

Brasil, por el contrario, es visualizado como un socio estratégico para Chile, considerando la dimensión de su economía, el crecimiento internacional de potencia que comienza a desplegar, pero también por las influencias que ejerce en un ámbito regional que ha sido complejo para nuestro país, y que puede complicarse aún más con un gobierno de derecha cuyas sensibilidades no están en sintonía con la de muchos gobiernos de la región: las afinidades personales a

alto nivel y la sintonía de proyectos políticos no son suficientes a veces para evitar o destrabar problemas, pero sin duda en ocasiones ayudan. De aquí entonces, el pragmatismo frente a un gobierno ideológicamente distante, pero que es de interés estratégico, y cuyas reformas y posicionamiento internacional han despertado admiración incluso en la derecha chilena. De hecho, el entonces candidato Piñera mencionó a Lula como uno de los personajes que admiraba a nivel internacional.

En cuanto a la política regional multilateral, en el mismo encuentro el candidato planteó la propuesta de reformar la Carta Democrática Interamericana de la OEA, argumentando que hay un deterioro de la democracia representativa que no se puede ignorar, producto de gobiernos que buscan una concentración de poder en el ejecutivo, en detrimento de los otros estamentos del Estado. Critica también la proliferación de organismos regionales y el exceso de politización basado en afinidades ideológicas como el caso de UNASUR, mencionando como ejemplo el manejo que hizo este organismo de la crisis institucional que vivió Bolivia en el 2008.

El pragmatismo frente a un gobierno ideológicamente distante, pero que es de interés estratégico, y cuyas reformas y posicionamiento internacional han despertado admiración incluso en la derecha chilena. De hecho, el entonces candidato Piñera mencionó a Lula como uno de los personajes que admiraba a nivel internacional.

En realidad, no puede dejar de llamar la atención la utilización que se hace de este ejemplo, porque la acción de UNASUR en la crisis boliviana ha sido precisamente citada como uno de los casos exitosos de concertación política, donde los presidentes decidieron por unanimidad apoyar al gobierno y la institucionalidad boliviana, frente al riesgo inminente de golpe de Estado o guerra civil, lo que podría haber tenido consecuencias incalculables. En este ejemplo y otros comentarios, el discurso deja entrever una suerte de “reflejo condicionado” fundado en predisposiciones ideológicas. Sin embargo, lo que importa es el comportamiento pragmático adoptado por el nuevo gobierno frente a las diversas coyunturas que comienza a enfrentar, alejándose en cierto modo de las definiciones más doctrinarias expresadas durante la campaña.

En la misma ocasión, el entonces candidato abordó brevemente otros dos temas que reflejaban el tipo de audiencia que concurre a estas reuniones: la relación

En política exterior, con frecuencia importa menos lo que se dice, que lo que efectivamente se hace.

con las grandes potencias, y la reforma de la Cancillería. En relación a China, queda clara la importancia que el nuevo Presidente le asigna a esta relación por su potencial económico, cuando señala que “mucho antes que China llegue a ser una potencia mundial, este país será nuestro principal socio económico”, agregando que en el futuro

cercano, cerca del 50% de nuestras exportaciones tendrán como destino el continente asiático. En el caso de Estados Unidos, señaló que se buscará una relación especial o privilegiada, considerando las convergencias que existen, pero “sin complejos” para disentir cuando sea necesario.

Finalmente, en relación con la Cancillería, la aproximación del nuevo mandatario aparece al menos en la retórica, muy coincidente con las reivindicaciones permanentes del servicio exterior. Señaló que el proyecto de reformas enviado por las anteriores autoridades era deficiente, que enviaría uno nuevo al parlamento, que se proponía estudiar en profundidad el “modelo de Itamarati”, y que los embajadores que no son de carrera deben ser la excepción, aunque se requerirá también de un mejoramiento del proceso formativo de los diplomáticos, lo que indicaría una percepción que el actual nivel de recursos humanos existente no es satisfactorio. Y concluye señalando

que hay consenso en el país, respecto a la necesidad de reformas que mejoren la profesionalización de la Cancillería.

Sin embargo, lo que se ignora —y ello explica el fracaso de los diversos proyectos enviados al parlamento desde los años noventa—, es que más allá de definiciones generales, no hay acuerdo respecto a las medidas concretas que deben adoptarse. Las nuevas autoridades probablemente constaten esta situación cuando intenten elaborar su propia propuesta y surjan distintas opiniones e intereses respecto a cómo abordar esta “modernización”.

En resumen, del citado discurso pueden desprenderse que las prioridades del nuevo Presidente serán: reforzar la dimensión económica y el perfil de Chile como “global trader” a nivel internacional; énfasis prioritario en la relaciones vecinales y una intensificación de vínculos con Brasil; reformar las instituciones regionales para contrarrestar por la vía multilateral las acciones de los “populismos—revolucionarios”; búsqueda de una relación privilegiada con Estados Unidos en base a las convergencias existentes; intensificación de las relaciones con China y el Asia—Pacífico; reformar la Cancillería para adecuarla a los nuevos desafíos internacionales del país. En este aspecto, será interesante observar si se incorporarán, por ejemplo, prácticas de la empresa privada a la gestión interna, y la receptividad que ello tendría en una institución que no se caracteriza precisamente por su agilidad.

Del discurso a la realidad de gobernar

En política exterior, con frecuencia importa menos lo que se dice, que lo que efectivamente se hace. Por ello, cualquier evaluación del actual gobierno, precisa contrastar lo que se señalara durante la campaña electoral, con lo que se dice y hacen ahora las recién asumidas autoridades.

Entre las primeras decisiones adoptadas por el nuevo Presidente, cabe señalar haber mantenido al delegado presidencial Juan Gabriel Valdés en Haití, y el apoyo a la reelección de José Miguel Insulza para un segundo período en la OEA. En ambos casos, hubo una continuidad que refleja una mirada de Estado para abordar estos temas. Habría sido casi impresentable y un bochorno, que el nuevo gobierno le retirase el apoyo a un candidato del propio país, que además habría sido probablemente electo, aún sin este respaldo. Una conversación del mandatario electo y el Secretario General permitió zanjar la situación, concordando que era necesario fortalecer la Carta Democrática

Interamericana, y el rol del Secretario General frente a futuras situaciones de conflicto en el hemisferio.

Por otra parte, el presidente Piñera hizo algunas declaraciones y gestos en temas emblemáticos para su sector —como las declaraciones de preocupación y solidaridad con la disidencia cubana y comentarios sobre la situación política venezolana— que lo pusieron en un curso de colisión con el gobernante de este país, quién rápidamente le envió el mensaje de “no se meta con nosotros”. Es interesante constatar que, después de este intercambio, el Presidente ha evitado entrar en nuevas controversias con el gobierno de Chávez, y en una reciente visita a Washington, cuando se le consultó por el tipo de relación que tendría con Caracas, señaló que aunque se trataba de modelos económicos y sociales distintos, cada país tenía derecho a escoger su destino.

En este sentido, el nuevo canciller, Alfredo Moreno, ha reforzado también esta posición del gobierno de convivir con la realidad ideológica diversa que existe en el continente, y evitar polémicas o confrontaciones estériles que no sirven a los intereses de Chile. En una entrevista reciente con TVN, por ejemplo, señaló que había que trabajar a nivel regional buscando las convergencias y los intereses comunes que pueda haber con los diversos países de la región. Si cristaliza en algo más permanente, esta aproximación más pragmática respecto a los vínculos regionales seguramente desilusionará a comentaristas conservadores, sobretodo del exterior, que han alentado al nuevo gobierno a confrontar a los populismos—revolucionarios en el continente, como lo dijo Álvaro Vargas Llosa, por ejemplo.

El positivo acercamiento que hubo con el presidente Morales de Bolivia durante la transmisión del mando, o el manejo prudente de las dificultades que están enfrentando empresas chilenas en Cuba y Venezuela (así como la del caso del ejecutivo chileno fallecido recientemente en la isla) son indicativos también de lo señalado anteriormente. Tanto el Presidente como el Canciller han señalado que se usará la vía diplomática para defender los derechos de estas empresas, aunque ha quedado claro también que se evitará un escalamiento que sería inconducente en términos de resultados, abriendo conflictos que un gobierno recién instalado obviamente busca evitar.

Ante audiencias que le son más afines, Piñera ha reiterado lo que piensa del gobierno cubano. Así, en una reunión con empresarios en la reciente cumbre de Madrid, no dudó en calificar al régimen como una dictadura. Sin embargo, en otras entrevistas ha expresado que entiende los límites para promover desde el exterior un cambio en la isla, señalando que cualquier evolución allí dependerá finalmente de la “longevidad” de los hermanos Castro.

Este mismo realismo se observó en su diálogo con el Presidente de Venezuela durante la Cumbre de la UNASUR, cuando junto con reconocer diferencias importantes entre ambos países, exclamó “vivan las diferencias”, evidenciando así que su gobierno mantendrá en líneas gruesas una continuidad con las políticas de la Concertación en esta materia, cuyo énfasis ha sido privilegiar la coexistencia por sobre las diferencias ideológicas existentes en la región, lo cual fue a su vez ratificado por el Canciller en otra entrevista.

Ante audiencias que le son más afines, Piñera ha reiterado lo que piensa del gobierno cubano. Así, en una reunión con empresarios en la reciente cumbre de Madrid, no dudó en calificar al régimen como una dictadura.

El asunto de los nuevos nombramientos, por el contrario, ha generado cierta controversia, indicando no sólo improvisación sino también algún sesgo ideológico, elementos ambos que afectan la credibilidad y eficacia de las políticas que se busca implementar. Si se le otorga por ejemplo, máxima importancia a la relación con Brasil, es difícil entender cómo se propuso como embajador inicialmente a un candidato que está en las antípodas del actual liderazgo brasileño, no sólo del presidente Lula, sino también de los dos candidatos presidenciales más gravitantes, entonces perseguidos por la dictadura de ese país (cabe recordar que el candidato opositor José Serra estuvo exiliado en Chile en ese período). Sin duda fue un bochorno verse en la obligación de “bajarlo” silenciosamente después de diversas insinuaciones provenientes de altas esferas del gobierno de Brasil.

Pero la solución tampoco fue mejor. Como alternativa se le nombra representante de Chile en Naciones Unidas, en circunstancias que en el pasado le correspondió defender al régimen militar de las acusaciones que entonces se hacían en el ámbito de los derechos humanos. Con qué credibilidad podrá actuar entonces, en temas humanitarios y de derechos humanos, y cuán vulnerable será la posición de nuestro país en los foros internacionales, con un representante, que más allá de sus méritos profesionales, tuvo un rol no menor en

defender a la dictadura chilena frente a las denuncias internacionales que entonces se hacían?

Similar situación se presentó también con Argentina. El nombramiento de un antiguo dirigente político de RN, defensor también en su momento del régimen de Pinochet, generó diversas denuncias en los principales medios de prensa argentinos que, entre otras cosas, señalaron que sectores de gobierno en ese país habrían realizado gestiones hasta el último momento, para ver si era posible impedir este nombramiento. Y aunque la relación entre ambos países es demasiado importante como para que se le denegara el beneplácito (esto es lo que se trasluce en las palabras de la presidenta Fernández cuando recibió al mandatario chileno), no hay duda que el nuevo representante chileno llegó a Buenos Aires con credenciales, por decir lo menos, pocas satisfactorias para un buen desempeño de su labor; incluyendo la necesaria receptividad que todo embajador chileno debiese tener asegurada con el conjunto de la sociedad argentina (la renuncia de Otero hace algunos días, por las desafortunadas e imprudentes declaraciones sobre el régimen de Pinochet, confirman lo señalado precedentemente).

El fallido nombramiento en Brasil, y los controversiales nombramientos en Naciones Unidas y en Argentina, junto a las críticas públicas al nuevo representante de Chile en Bolivia por declaraciones poco felices realizadas hace algunos años (y que lo hacen vulnerable en caso de futuras tensiones entre ambos países), indican una falta de prolijidad o de sintonía más fina, respecto de países e instituciones internacionales que el propio gobierno ha calificado precisamente como estratégicos o de alta relevancia. Por cierto que todo gobierno tiene el derecho de nombrar personas de su confianza, pero se podría haber buscado representantes (especialmente en los lugares ya mencionados) que no hubiesen acarreado con la “mochila” de los antiguos vínculos de la derecha con el régimen militar, lo cual además fue un compromiso de campaña.

Por otra parte, sorprende que a más de dos meses de asumido el nuevo gobierno, varias embajadas estén todavía sin nuevo embajador, o con embajadores ya confirmados en sus cargos. El discurso de la “eficiencia” y la “nueva forma de gobernar” está entonces también al debe en el ámbito de las relaciones exteriores pero, como se ha visto en la prensa en semanas recientes, este problema se extiende al conjunto de los nombramientos en el Estado, lo que no deja de sorprender considerando que hubo casi dos meses entre la segunda vuelta y el traspaso de mando el pasado 11 de marzo.

Al parecer, existe un déficit de recursos humanos calificados que se ha hecho evidente después de la asunción del mando. No deja de ser sorprendente y muy poco habitual en la diplomacia también, que a los 90 años y habiendo regresado hace uno, se le ofrezca nuevamente la embajada en Italia al ex Canciller Gabriel Valdés, lo que se combina con la predisposición del Presidente a examinar personalmente todos los nombramientos, y que ha hecho muy lento el proceso de las nuevas designaciones.

Ahora, el nombramiento del nuevo Canciller es absolutamente consistente con el criterio general usado en casi todas las nominaciones a cargos de alto nivel: personas con capacidad ejecutiva, sin mayor trayectoria o poder político propio, y (en este caso) con experiencia en negocios internacionales, pero ninguna en la política exterior propiamente tal. Esto, por cierto, no implica prejuzgar el desempeño que pueda tener el nuevo Ministro.

Al parecer, existe un déficit de recursos humanos calificados que se ha hecho evidente después de la asunción del mando.

De hecho ha mostrado hasta ahora un razonable pragmatismo, y una rápida capacidad de aprendizaje. Sin embargo, es indicativo de lo que quiere el Presidente en este ámbito: mejor gestión interna en la Cancillería, fortalecer la dimensión comercial de la política exterior, y mantener la prerrogativa de manejar él directamente los temas sensibles y trascendentes de la política exterior.

El rezago en los nombramientos se hizo más evidente al materializarse la primera gira internacional a lugares considerados claves para la política exterior, como Argentina, Brasil y Estados Unidos. En ninguno de los tres casos había un embajador ya acreditado que hubiese preparado la visita y acompañado al Presidente en las diversas reuniones de su agenda. Esto es tal vez la mejor demostración de la dificultad inicial de instalación del nuevo gobierno en el ámbito de (aunque no sólo de) las relaciones exteriores. Cabe agregar, además, que la mayor parte de las designaciones corresponde a funcionarios del servicio exterior, con lo cual se está siendo consistente con lo declarado por el Presidente en su principal discurso de campaña en esta materia.

Por su parte, que la primera gira haya sido a Argentina, Brasil y Estados Unidos, es coherente con las prioridades señaladas anteriormente por el mandatario, y representa una continuidad con lo realizado también por los gobiernos anteriores, en cuanto a relevar y consolidar los vínculos con nuestro principal vecino, con la potencia emergente de la región, y con la

principal potencia mundial. La breve visita a Argentina sirvió en este sentido para reafirmar que por sobre las diferencias ideológicas están los intereses permanentes de los Estados que obligan a buscar el entendimiento y las convergencias, como lo expresara la presidenta Fernández en su discurso de bienvenida. Y como prueba de lo anterior, horas antes del arribo del Presidente, Argentina concedió el beneplácito al nuevo embajador chileno, y durante su estadía el mandatario chileno confirmó el apoyo de Chile al ex presidente Kitchner para el cargo de Secretario General de la UNASUR, lo que se materializó en la reciente cumbre.

Por otra parte, en la también breve visita a Brasil, el Presidente hizo una escala en Sao Paulo para reunirse con el candidato opositor José Serra, y para una reunión ampliada con empresarios de ese país, considerando el amplio potencial que aún existe para expandir las relaciones comerciales y de inversión entre ambos países. Posteriormente, se reúne también con la candidata oficial Dilma Rouseff y con el presidente Lula, reiterando el apoyo de Chile a la pretensión de Brasil de ocupar un puesto permanente en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. Nuevamente las diferencias ideológicas quedan subordinadas a los intereses más permanentes de ambos países. Para nuestro país será vital en los próximos años mantener una relación de cercanía con Brasil, considerando el difícil escenario regional que se visualiza en el próximo tiempo.

En el caso de Estados Unidos, por otra parte, no se trató de una visita de Estado, sino hacerse presente en la cumbre nuclear organizada por el Presidente Obama.

En el caso de Estados Unidos, por otra parte, no se trató de una visita de Estado, sino hacerse presente en la Cumbre Nuclear organizada por el presidente Obama. Esta reunión permitió un primer contacto entre el nuevo Presidente y múltiples líderes de otros países; a la vez, posibilitó un contacto más fluido con el propio anfitrión, y la oportunidad también de abordar con otras autoridades ciertos temas de interés común, como la ayuda norteamericana a los esfuerzos de reconstrucción en nuestro país y las reformas a la OEA, entre otras materias. El Presidente aprovechó también la ocasión para invitar al mandatario norteamericano a hacer una visita oficial a Chile en el curso del presente año, y a usar esta visita como una plataforma para que Obama haga una suerte de relanzamiento de su política hacia América Latina.

Conclusiones preliminares

Tal como indicamos, el tiempo transcurrido aún es breve como para hacer una evaluación más global y definitiva de lo que será la política exterior del nuevo gobierno. Lo que queda claro por ahora, es que tanto en el discurso de campaña como en estas primeras semanas de gestión, no se visualiza un “nuevo relato” o ideario que conduzca al país hacia una estrategia internacional marcadamente distinta de lo que se ha hecho en los últimos veinte años.

Se ve por ahora, por decirlo así, más continuidad que cambio en la principales directrices de la política exterior, y esto sería coincidente con lo señalado por el Presidente durante la campaña, cuando reconoció los éxitos de la Concertación en esta materia, (reconocimiento que reiteró en su reciente discurso del 21 de Mayo), señalando que lo que había que buscar ahora era “profundizar la inserción internacional” ya alcanzada, más que hacer un cambio radical en el curso de acción que siguieron los gobiernos anteriores. Esto sería consistente además, con el “slogan” de hacer mejor las cosas y de mantener lo bueno que se ha realizado, discurso que, por lo demás, le facilitó el triunfo obtenido en las urnas el pasado 17 de enero.

Sin embargo, no debe olvidarse que la inserción internacional promovida por la Concertación no fue sólo una red de acuerdos comerciales: también había una visión del lugar de Chile en el mundo, en los temas sociales, humanitarios y políticos y, sobre esto, todavía no se sabe cuál será la aproximación de la nueva administración. De hecho, hasta ahora no hay una articulación conceptual muy elaborada en el nuevo gobierno, respecto a cuál será la “identidad” de Chile en el orden mundial que comienza a configurarse. En este sentido, en el discurso del 21 de Mayo sorprendió a muchos las casi nulas referencias a la política exterior.

¿Buscaremos un perfil más parecido por ejemplo, a Singapur, donde el comercio es casi la traducción exacta de su política exterior? ¿O mantendremos la sintonía con países que hemos definido como “afines” (*like-minded*) porque buscan también hacer una contribución importante en materias que afectan los llamados “bienes públicos globales”? ¿Qué representa América Latina para el nuevo gobierno, más allá del comercio, las inversiones y una estrategia “defensiva” orientada a evitar problemas? Estas son interrogantes que por ahora permanecen abiertas.

Por otra parte, en estas primeras semanas de gestión han habido desprolijidades o falta de sintonía fina en algunas decisiones iniciales (en particular respecto de ciertos nombramientos), así como algunos énfasis que tienen que ver con la orientación ideológica del nuevo gobierno y que, llevados a políticas ya concretas, podrían generar controversias y un escenario regional negativo para el actual gobierno. Pero en general, cabe reconocer que la pauta tiende (con algún ensayo y error) hacia una aproximación y manejo más pragmático en temas de alto interés en nuestras relaciones internacionales, como son los vínculos con el vecindario.

Y es que contrariamente a lo que podrían haber esperado algunos, se percibe hasta ahora un realismo básico respecto a los límites y costos que puede tener una política de mayor confrontación con países con los cuáles hay diferencias político—ideológicas sustantivas. Cabe recordar, en tal sentido las palabras recientes del Canciller, señalando que había que buscar el respeto mutuo, las convergencias e intereses comunes en nuestras relaciones con América Latina.

Existe sin embargo, el riesgo de que con un gobierno de corte “gerencial”, pueda creerse nuevamente que lo económico se superpondrá a lo político en nuestras

relaciones con el vecindario. La desvalorización de este componente en nuestros vínculos regionales, ya tuvo un alto costo para nuestro país en la década de los noventa pues, como quedó demostrado entonces, las dinámicas positivas en un ámbito no resuelven necesariamente los problemas pendientes o latentes en el otro y, en ocasiones, pueden hasta agravarlos. Un caso paradigmático en este sentido han sido las relaciones con Perú, donde no obstante el creciente comercio e inversiones recíprocas, los conflictos han aumentado en el tiempo.

¿Qué representa América Latina para el nuevo gobierno, más allá del comercio, las inversiones y una estrategia “defensiva” orientada a evitar problemas? Estas son interrogantes que por ahora permanecen abiertas.

La política tiene sus propias lógicas y tiempos, y la resolución de problemas en este ámbito no sucederán necesariamente porque aumentan el comercio y las inversiones. Pero el gobierno que asume merece el beneficio de la duda, y las consultas con la oposición serán esenciales si de verdad se quiere hacer una política de Estado en los temas internacionales más trascendentes para nuestro país.

Chile tiene una presencia, prestigio e influencia, que trascienden sus capacidades objetivas en el escenario internacional. Mantener y proyectar lo anterior, consolidar a la política exterior como herramienta esencial del desarrollo nacional, y cautelar las relaciones con el vecindario, se mantienen como las grandes tareas en el período presidencial que se inicia. Pero esto se hace entre todos. Del nuevo gobierno depende dar las señales que así será.

ANÁLISIS Y PROPUESTAS - Política Internacional

La política exterior del gobierno de Piñera: el discurso y las primeras decisiones

***Boris Yopo Herrera**

Cientista político y Ex Embajador

El contenido presentado en “Análisis y Propuestas” representa el punto de vista del autor y no necesariamente refleja la opinión de la Fundación Friedrich Ebert.

Esta publicación está disponible en internet: www.fes.cl, en Publicaciones

ANÁLISIS Y PROPUESTAS

Junio de 2010



La Friedrich Ebert Stiftung es una fundación política alemana. Se dedica a la labor de la asesoría y la capacitación política y ofrece espacios de debate en Alemania y en diversos países en todo el mundo. El objetivo de su labor es fortalecer la democracia y la justicia social. Para estos efectos, coopera con actores políticos y sociales de la más diversa índole en Alemania y en el mundo.

www.fes.cl / feschile@fes.cl